

EL MALESTAR SOCIAL EN ESPAÑA*

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Julio Iglesias de Ussel**

“Cuan dura cosa es pasar de un estado feliz a uno desdichado”
Miguel de Cervantes, *Coloquio de los perros*.

“Es sobre todo en los tiempos de escasez cuando parece que lo que se procura es inflamar las pasiones del pueblo, más que proveer a sus necesidades”
Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Alianza, 1982, vol. 1º, p. 187

1. CUATRO PRECISIONES PREVIAS

Si ningún trabajo científico es definitivo, menos aún en una materia tan escurridiza, enigmática y multidimensional como el malestar social, sometida a innumerables determinaciones y con tantos componentes probablemente soterados. Por eso su análisis en profundidad no es tarea para una persona, sino diagnóstico propio de un Seminario o de un grupo de trabajo interdisciplinar. La presente intervención contiene por tanto una aportación preliminar a ese futuro y deseable esfuerzo colectivo. Es una tentativa de colaboración, tal vez ingenua, por aquella advertencia de Maquiavelo, sobre los problemas que pue-

* Una versión preliminar recibió muy útiles críticas y sugerencias de miembros de la Real Academia con motivo de su exposición oral, así como de otros colegas y amigos que me han permitido rectificarlo, espero que para mejorarlo. Pero prefiero no ampararme con su prestigio y afrontar en solitario las consideraciones que se estime; en todo caso a todos les reitero desde aquí mi profunda gratitud por su generosa ayuda y tiempo dedicado a discutirlo.

** Sesión del día 4 de junio de 2013

den solucionarse si se perciben a tiempo. Pero, antes que nada, intentar estudiar el malestar social hoy es tarea que requiere algunas precisiones previas.

1.- La persistencia del malestar. Una primera advertencia, aunque solo sea para desdramatizar nuestra cotidianidad —o ensancharla en el tiempo—, se refiere a la delimitación temporal. Deberíamos preguntarnos *¿cuándo no ha existido malestar en la sociedad española —como en otras—, a lo largo de toda su historia?* Cabe preguntarse, por ejemplo, cómo vivieron, padecieron y reaccionaron los hogares españoles cuando fueran conscientes, en sus haciendas y en sus jóvenes, que seguían en la guerra de los treinta años; una guerra notablemente cruenta porque coincidió con una pequeña glaciación en toda Europa. Y no es necesario desplazarse hasta el siglo XVII para reconocer que, lamentablemente, contamos con una dilatada experiencia en situaciones generadoras de malestar, de manera notoria durante todo el siglo XX. Recuérdese la crisis generada en el 98 —que fue política e intelectual, pero con gran vitalidad económica— con la pérdida de los últimos territorios en América y Filipinas, la guerra con Estados Unidos, la posterior en Marruecos, el desastre de Annual y su no menos desastrosa gestión, la guerra civil, los años del hambre, la pertinaz sequía, la intensa emigración gran parte de ellos analfabetos, el terrorismo, el desencanto, el paro del 25% de la población activa y tantas otras cosas. Fue muy lúcida y lapidaria la advertencia de Borges al escribir: “Como a todos los hombres, nos tocaron malos tiempos en que vivir”.

Desde luego resulta más que discutible presentar como novedad el actual malestar de la sociedad de un país que, sin salirnos del siglo XX, ha dado a los intelectuales del 98, en literatura *Los Pueblos* (1905) de Azorín, o lo que se pudiera asociar como su versión en pintura, la España Negra de Gutiérrez Solana, sin necesidad de acudir a *Los Garrotazos* de Goya. Desde entonces los juicios personales y colectivos podrán haber variado en la magnitud y también sus causas, pero hay que empezar diciendo que en España, el malestar, como la energía, ni se crea ni se destruye, únicamente se transforma de manera permanente pero siempre sigue vivo. Se convirtió incluso en afamado poema en palabras de Jaime Gil de Biedma al escribir:

“De todas las historias de la Historia
sin duda la más triste es la de España,
porque termina mal...”

En cualquier caso no se trata de un mal español ni del siglo XXI, sino tendencia observable en otros países democráticos, incluso en años de prosperidad. López Pintor, en un trabajo ya de 1990 analizó “El descontento político en las sociedades informadas de Europa” (1995), y detectó en la opinión pública los altos niveles de malestar en sociedades que habían tenido progresos materiales, económicos, educativos y en derechos sin precedentes y, además, recor-

daba la pregunta que se hacía un analista norteamericano de ¿por qué hay tanta gente tan pesimista en tan diferentes países?, cuando en 1993 solo uno de cada cuatro ciudadanos de la Comunidad Europea de entonces aprobaba la actuación de su gobierno.

En cada país y en cada momento histórico el malestar tiene peculiaridades propias; se trata de una tendencia siempre presente o larvada en las opiniones públicas de los países democráticos. Pero su estudio es siempre relevante por las derivadas colectivas que origina en cada momento. Aunque el malestar sea una constante histórica y no una excepción en España, es nuestra contemporaneidad la que nos interesa ahora.

2.- El malestar y la crisis económica. Una segunda advertencia previa es constatar que *el malestar no ha aparecido con la crisis económica, lo cual no quiere decir, como se verá, que carezca de relación*. Existen innumerables testimonios, denuncias y análisis sobre la persistencia de graves problemas, y manifestaciones de malestar en esos años de prosperidad. Baste recordar los estudios de Alejandro Nieto sobre *La organización del desgobierno* (1984), *El desgobierno judicial* (2005) o *El malestar de los jueces y el modelo judicial* (2010), donde se analizan hasta el estremecimiento males de instituciones esenciales en la democracia. El malestar lo hemos vivido en efecto en el muy inmediato pasado carente de crisis, durante el auge de empleo y de la economía. La obra de 1996 de Vitoria Camps, *El malestar en la vida pública*, o la de García Cotarelo *Del Estado de bienestar al Estado de malestar* de 1986, constituyen algunos de los ejemplos de la preocupación existente también en años de prosperidad económica que fueron precedidos, además, por los años del desencanto poco después de la transición democrática (Wert 1996, p. 116).

A modo de reportaje periodístico, lo ha recordado muy abrumadoramente, en un brillante —y agrio— testimonio Antonio Muñoz Molina en su *Todo lo que era sólido*; existía profundo malestar escribe: “Cuando creíamos vivir en un país próspero y en un mundo estable imaginábamos que el futuro se parecería al presente y las cosas seguirían mejorando de manera gradual, o si acaso progresarían algo más despacio” (p. 9), describe con múltiples testimonios y ejemplos que: “Se nos olvida ahora hasta qué punto esos años de prosperidad fueron también de una aspereza civil y una violencia verbal que arreciaban más a medida que había más dinero y que mejoraban como nunca los índices del bienestar y las perspectivas económicas. Cuanto más ricos parecía que éramos, más irreconciliables se volvían las diferencias políticas, con mayor saña se agredía y se descalificaba al adversario, y por lo tanto enemigo. Ahora que nos falta de todo es raro pensar que en medio de la abundancia arreciara aquel clima de saña” (p. 11). “Nunca —dice— tanta gente había vivido mejor, nunca había habido tanto trabajo, pocos países gozaban de una sanidad universal de tanta calidad o tenía mayor esperanza de vida: pero nunca había sido más violento el lenguaje político, más áspero la superficie de la vida civil” (p.

12). “No había límite en lo que podía escucharse en una emisora de radio, en un mitin político. El adversario no sólo era corrupto e indigno: conspiraba con terroristas, les hacía juego, tenía las manos manchadas de sangre, la sangre de los muertos de la guerra de Irak o la de los fusilados en Paracuellos del Jarama, la sangre de Lorca, la de las fetos abortados” (p. 13).

Hubo pues malestar con la prosperidad, pero su estudio urge todavía más con la crisis. Tenemos hoy desde luego muchos más motivos de alarma, que tienen además claros efectos negativos en el exterior, como con tanta profundidad ha analizado Javier Noya en *La Imagen de España en el Mundo* (2012). La percepción de la crisis de España es tan evidente que incluso nos hemos convertido en un país de referencia negativa. En USA, donde tan escasa notoriedad pública alcanza España, en las elecciones de 2012 el candidato presidencial Mitt Romney declaró “que no quería seguir el modelo de España” y un juicio análogo formuló, Nicolas Sarkozy, con motivo de la Cumbre de la UE en Bruselas, en 2012 donde afirmó: “Se hablaba de España como un milagro hace dos o tres años. Se hablaba de Irlanda como un Eldorado, ¿Quién querría estar ahora en esa situación?” España convertida así en antimodelo, como ya lo fue en la obra de Montesquieu, y lo analizó atinadamente Morodo (1970). Es alarmante la magnitud de nuestro malestar social, si hasta se utiliza como definición de nuestra situación.

3.- El singular papel de los políticos en la crisis. Una tercera consideración previa es oportuna. Puede haber disparidades en la interpretación de los orígenes últimos y gestión de la de las crisis. Pero *en una cuestión existe una consistente unanimidad*: lo obvio en España es que *la responsabilidad de nuestras desgracias está en los políticos*. Los ciudadanos somos víctimas inocentes. Para fortuna del españolito de a pie —eximido de cualquier responsabilidad—, se ha localizado con todo éxito al omnipresente causante de todos los males: ocurra lo que ocurra en la sociedad, la carga corresponde a los políticos. Las encuestas muestran con reiteración que los españoles contemplan a sus políticos no con capacidad para resolver problemas, sino como un problema más y de los más importantes. El rechazo difuso y notorio a los políticos alcanza a todos los niveles. No voy a negar que, con sus decisiones y omisiones, además de por sus elevado número, no hayan alimentado esta negativa percepción. Pero la consistencia de la imputación, tan aceptada casi universalmente, requiere también matización en España. Sería un país idílico si sus males hubieran sido generados por la voluminosa clase política, sin intervención del resto de la sociedad. Viviríamos en un escenario paradisiaco si los políticos tuvieran el monopolio exclusivo de la responsabilidad de nuestras desgracias y del subsiguiente malestar.

No parece, al menos no me parece a mí, que esa dicotomía sea ni real ni verosímil: unos políticos nefastos y una sociedad angelical. Digamos mejor con Tocqueville que: “A menudo somos injustos con nuestro propio tiempo”

(p. 3) porque: “a los defectos de las instituciones se suman los defectos de las personas” (2009, p. 120)

Pero esa es la imagen prevaleciente gracias a los medios de comunicación y las innumerables tertulias, carentes de cualquier censura a la población que gobiernan los políticos, por no decir a los propios medios o a los Directores donde difunden sus censuras, que los tienen más cerca y conocen con profusión sus andanzas. Todos nuestros males residen en los políticos. Lo que nunca podremos saber es cuál sería la valoración social si la misma densidad de censuras fuera dirigida a cualquier otro sector profesional, ocupacional o mercantil.

Quizá convenga atenuar la consistencia de los alegatos, si recordamos que no es nada nueva en España. Ya fue denunciada por Ortega y Gasset, en términos completamente aplicables a la actualidad, pero en 1925, al referirse a la polémica sobre Maura: “La política —decía— está sirviendo de pretexto para que muchos escritores se contenten con dar al viento sus apasionamientos pueriles o sus envidias maduras” (1969, p. 59). Y más adelante: “todo son denuos contra las pobres gentes que subían y bajaban en la noria del Poder (...). Al buen español le suele halagar que de sus defectos se eche la culpa a alguien, nominativamente, para poder hablar mal de él en el café, que es su operación más activa. Pero (...) los políticos no eran la causa de los males nacionales, sino que eran tan solo su expresión y su símbolo” (1969, p. 82).

A lo mejor esta tendencia es la que explica afirmaciones categóricas recientes, como la de un juez de Córdoba quien, nada menos que en una sentencia califica, reiteradamente, a los políticos como “burros” y se sintió obligado a precisar “con todos los respetos para con los equinos”—la noticia no informa las razones de su sintonía— y, para clarificar su sutileza, aclara que no se considera político sino se define gozosamente como “indignado” (*El Mundo*, 29 mayo 2013). Y el estilo no debe ser excepcional entre el personal judicial. Coincidente en el tiempo, todo un teniente fiscal de la Audiencia de Canarias — quienes tienen prohibido dirigir censuras o felicitaciones a los poderes— no dudó en considerar, en múltiples formas, como “corruptos” a todos los ministros del Gobierno, sin que se sepa que haya denunciado el asunto en los Tribunales, a lo que parece está obligado por la Ley (*El Mundo*, 25 junio 2013). Por desgracia, los testimonios disponibles no aclaran si aceptan también la recíproca: ser ellos mismos los destinatarios de análogos calificativos para contribuir así al divertimento nacional; pero recuérdese que, por muy livianas censuras genéricas al funcionamiento de la justicia, ha habido políticos sometidos a juicio.

Si traigo a colación censuras tabernarias formuladas por miembros de la judicatura —una de las instituciones con peor valoración social en las encuestas—, es porque acredita que el menosprecio al político goza de total legiti-

dad y generalidad, lo que amplifica hasta el infinito al político como encarnación del mal absoluto en España. Desde luego es inimaginable una severidad crítica equivalente dirigida contra ningún otro sector ocupacional o profesional.

En sí mismo no tendría relevancia utilizar a los políticos como chivo expiatorio de los males nacionales, como si fueran extranjeros o de peculiaridades diferentes al común. Además de por sus hechos, es consecuencia obligada de las muy altas demandas al Estado, al Gobierno o a los que mandan, y de ahí la importante frustración en un momento de vacas flacas. Tranquiliza desde luego el echar la culpa a otros, pero se trata de una tendencia que dista de ser inocua. Es una tendencia que circunscribe la causa y la solución de los problemas en los políticos, y exime de ella a la propia sociedad. El exceso de focalización de las crisis actuales y sus causas sobre la política actúa, al tiempo, como válvula de escape y como tapón; lo destacó Wert con acierto al señalar que con “esta contradicción se neutraliza y paraliza la reacción social indispensable para salir del pantano depresivo” originado por la crisis (Wert, 2013, p. 67). Los políticos así, convertidos en chivos expiatorios pero, por ello mismo, tal vez en perpetuadores de los males que corresponde solucionar al conjunto de la sociedad.

4º.- Las imprecisiones del término malestar. Una cuarta cuestión necesitada de referencia previa se refiere *significado técnico del término y su propio alcance*. Dejando aparte su significado médico, es sorprendente que los diccionarios de Ciencias Sociales no incluyan este término que subyace tantas veces a revueltas, manifestaciones, revoluciones, disturbios, rebeldías y agitaciones, además de nada menos que al comportamiento electoral de la población; aparece su antónimo, bienestar, pero poco alumbrando a nuestra indagación. El Diccionario de la Real Academia Española define Malestar como: “Desazón, incomodidad indefinible” y a Desazón: “Malestar físico vago”. Se trata de interpretaciones próximas a su sentido médico pero alejadas por completo del uso social contemporáneo de este término. Posiblemente el malestar sea tan general como la enfermedad para el ser humano, pero quien registra esas sensaciones es que está bastante sano. Alejandro Nieto, en su análisis de los muy graves problemas de la administración de justicia, define malestar como: “Una difusa y permanente sensación desplacerera producida por la concurrencia de otras sensaciones más simples y concretas” (Nieto, 2010, p. 15). Pero quizá la mejor definición localizada es la que aparece en la edición de 1919 en la *Enciclopedia Espasa* [vol 32, p. 514] con resonancias médicas y considera al malestar como “sensación vaga e indefinible de mal funcionamiento orgánico, general o local”.

Pero cualquiera que sea el significado concreto que se le otorgue, lo básico es que su uso denota una apreciación o valoración negativa del entorno sea laboral, político, económico, familiar, educativo o cualquier otro o varios de ellos simultáneamente. Y esa valoración negativa no es un juicio exterior, sino una apreciación que, por cualquier razón, genera por ello una valoración negativa en la propia conciencia personal o del grupo —en sentido análogo ya

Touraine advirtió que “la crisis es un estado de la consciencia” (1976, p. 52)—; y esa valoración puede generar consecuencias en actitudes y comportamientos de todo tipo. Por eso un mismo fenómeno puede provocar, o no, malestar dependiendo de elementos colaterales del propio hecho, de su transmisión pública o de la vivencia de la persona que lo considera.

Al margen de las situaciones comparativas que puedan formularse —si es que en esto puede haber comparaciones temporales válidas— lo que es tenido como real, es real en sus consecuencias. Se trata de un axioma sociológico, el Teorema de Thomas, de completa aplicación al malestar. No pueden utilizarse y no hay termómetros objetivos para medir el grado de malestar en un siglo y otro.

Aunque el término malestar tenga connotaciones médicas, la situación en España presenta peculiaridades importantes que se deben especificar. Ante todo debe destacarse que el *malestar no es homogéneo*; es heterogéneo en sus causas, en los sectores en que incide, y en las manifestaciones que adopta si es que no subsiste subterránea o larvada. La diferenciación —que es real— no quiere decir que sean autónomas sus externalidades; se están produciendo solidaridades mecánicas en las acciones de defensa o rechazo entre los diferentes grupos. En todo caso, un hecho aceptado generalmente es su evaluación como *muy grave* y se conecta —o se vincula— con una percepción de una crisis muy grave que atraviesa España. Una crisis que es política, institucional y aún cultural, sin precedentes análogos en nuestro reciente pasado. El malestar se percibe pues, además, *como multidimensional*. Y en buena parte de sus dimensiones concretas se le percibe *agravándose*; un destacado sociólogo en un reciente análisis de la evolución de la opinión pública lo expresa gráficamente al calificarla como: “España 2012: de la preocupación a la angustia” (Toharia, 2012). Un malestar y crisis que ha producido *cambios muy generalizados en los hábitos* de la gran mayoría de los españoles. Una crisis que se considera como *muy duradera*; el malestar no es tanto el empobrecimiento como la novedosa sensación de que los hijos van a vivir peor que los padres pese a contar, en la mayoría de los casos, con más títulos educativos. Y tal vez la dimensión que añade dureza y dramatismo suplementario a todo lo anterior: *no se percibe fin* a la crisis.

2.

FACTORES INTERVINIENTES

El malestar social viene desde luego activado por la proliferación de crisis que envuelve nuestra existencia en este complicado inicio del siglo XXI. Vivimos bajo una Constitución rechazada de palabra e incluso en los hechos por amplios sectores con abiertos proyectos secesionistas; la erosión de las más altas instituciones, la crisis del poder judicial acompañado de una lentitud en sus resoluciones que agrava su desprestigio y que se producen cuando la opinión

pública ha dado ya su sentencia; el protagonismo mediático y político de jueces estrella; la corrupción; el rechazo muy generalizado al papel de los partidos políticos, parlamento, sindicatos, de las Autonomías, de las entidades de supervisión, los problemas suscitados en la Monarquía; el paro sin límite; la popularidad de los “indignados”; el auge de protestas callejeras multitudinarias y a menudo sin cumplir los trámites pertinentes pero con réditos políticos y las coacciones mediante la proliferación de escraches; la crisis de las cajas de ahorro que han llevado a la desaparición de entidades centenarias por su bancarrota generalizada; la pobreza creciente en extensión e intensidad; la insatisfacción con el sistema impositivo, sanitario, educativo; el descenso del nivel de vida; la anunciada crisis del sistema de pensiones; la crisis demográfica; desconfianza y hasta hostilidad creciente sobre la Unión Europea, etc. Verdaderamente, menos el auge de la xenofobia o del racismo, por ahora, no hay cuestión relevante que no tengamos como grave problema sobre la mesa. Si Foucault estructuró su análisis social con el desvelamiento de que “el poder está en todas partes”, viendo la proliferación de escenarios en crisis, hoy probablemente escribiría que es el malestar lo que se encuentra por doquier. Y en este escenario de desafección política e incremento de los movimientos antisistema, se observa el declinar de las instancias normativas o de integración o agregación como el Estado-nación, la clase social, la afiliación sindical, los partidos, la Iglesia, los vínculos del trabajo o la estabilidad familiar. Más que las instancias sólidas, compactas del pasado, ahora son los vínculos efímeros las que sustituyen a las instituciones de cohesión del pasado. Un escenario que propicia el malestar y sobre todo su expresión pública. Y para complicar aún más la situación, se ha destrozado uno de los escasos elementos de cohesión social y política disponible en España: el acierto de la Transición a la democracia que fue símbolo y aún mito colectivo de unión en un proyecto común. Pero ha sido gravemente erosionada primero por decisiones —a mi juicio muy desacertadas— en los años de Gobierno de Rodríguez Zapatero, mucho antes de serlo por las consecuencias de la crisis económica, política y social actual.

No se puede aquí analizar la ubicuidad del malestar, pero si es necesario prestar alguna atención a alguno de los factores que lo impulsan o influyen. Los analizaré separadamente, aunque son evidentes las interconexiones existentes entre ellos. Y entre los factores influyentes me limitaré a aludir a:

1. El empobrecimiento de los hogares
2. El influjo de la variable tiempo
3. Mutación de la crisis por su acumulación
4. La cultura política
5. El desnivel entre las expectativas y la realidad
6. El victimismo del malestar
7. La crisis en las clases medias
8. Internet y la movilización social.

La confluencia de estas dimensiones amplifica hasta el infinito el malestar porque por doquier se aprecian los riesgos interpretados como un tsunami. La coincidencia en el tiempo del paro, los desahucios, las bajadas de sueldos, el hundimiento de Cajas de Ahorros, el recorte de prestaciones públicas, el cierre o reducción de servicios públicos etc todo ello genera una atmósfera pública de una gravedad superior aun a la suma de los muy numerosos afectados. La población se posiciona y evalúa una situación en la que percibe que todo se hunde al mismo tiempo.

1. El empobrecimiento de los hogares

Es innegable la relevancia de los factores económicos como desencadenantes del malestar de la población. Y los indicadores de su evolución negativa son innumerables al estar atravesando la peor recesión desde 1950. Aumenta la desigualdad económica, se erosiona la cohesión social, crece la pobreza y baja la renta disponible por los ciudadanos. El Informe Foessa —que seguiré aquí— sobre *Desigualdad y Derechos Sociales 2013* revela los severos efectos de la caída de la actividad económica desde el inicio de la crisis, utilizando como indicador la renta nacional disponible a precios de mercado: “La renta de 18.500 euros que en promedio recibieron los españoles en 2012 es inferior en términos de capacidad adquisitiva a la que ya existía en el año 2001. Desde 2007, el hecho conjunto de caída de la renta media (cerca de un 4%) y elevación de los precios (cerca de un 10%) ha dado origen a ese deterioro de las rentas de los españoles, sin parangón en las últimas décadas” (p. 5).

Se ha producido además un aumento sin precedentes en la desigualdad en su distribución. Desde 2006 los ingresos de la población con rentas más bajas han caído cerca de un 5% en términos reales cada año, hundiéndose a una proporción creciente a niveles muy altos de vulnerabilidad. Por el contrario, las rentas de los hogares más ricos han aumentado lo que ha ocasionado que aumente casi un 10% el Índice Gini, mientras que la diferencia entre la renta del percentil 80 y el percentil 20 ha crecido casi el 30%.

La situación no es menos grave en materia de empleo. La crisis ha destruido los empleos creados en los años de crecimiento y ha llevado a la ocupación a los niveles existentes en 2003. La tasa de paro ha alcanzado su mayor registro histórico, con más de uno de cada cinco activos sin encontrar empleo, sin que haya logrado frenar su crecimiento. La tasa es dos veces y media más alta que el promedio de la Unión Europea-27. Una situación especialmente grave en el desempleo juvenil; los menores de 25 años tienen una tasa de paro del 55%. Y aumenta la duración del desempleo; en 2012 el 55% de los parados llevan así ya más de un año.

Y estos datos están amortiguados por diversos factores que reducen la magnitud del paro, empezando por la demografía al reducirse progresivamente

el tamaño de las cohortes que acceden al mercado de trabajo cada año, por el hundimiento de la natalidad; la retirada del mercado de trabajo de un número importante de activos jóvenes por el efecto desánimo en la búsqueda de empleo, el retorno a los estudios; la salida de la actividad de un segmento importante de población extranjera inmigrante y también la reciente emigración de jóvenes españoles con alto nivel educativo. Y el paro incide en los hogares de manera dramática; en el 21,4% es la persona principal del hogar quien sufre el paro —y es de advertir que la tasa de paro de los sustentadores principales ha crecido más rápido que la del conjunto de la población activa, restringiendo su decisivo papel como colchón del desempleo desempeñado en el pasado— y el porcentaje de hogares en los que todos los activos están sin trabajo alcanza ya el 10,6 % de los hogares. Estos indicadores constatan el aumento de la pobreza severa, medida por la Encuesta de Población Activa por el porcentaje de hogares sin ingresos. Entre 2007 y 2012 se ha duplicado el número de hogares que no reciben remuneraciones del trabajo, prestaciones de desempleo o de la Seguridad Social (p. 8-13).

Si la prosperidad, como constató Antonio Muñoz Molina, no fue obstáculo para el desencadenamiento del malestar, la tremenda crisis económica y de empleo es indudable que puede estar elevándola hasta el paroxismo.

2. El influjo de la variable tiempo

El sentimiento de malestar tiene mucho que ver con varias dimensiones de la perspectiva temporal. El tiempo es una variable básica de la vida personal y colectiva, muy especialmente de la política. Y un elemento nada accesorio es que a las muy variadas causas del malestar *no se le percibe fin o término*. Probablemente una crisis, incluso mucho más grave, pudiera vivirse con menor dramatismo y superarse sin indignación si se percibe un fin más o menos determinado en el tiempo. En tal supuesto, el presente se valoraría con arreglo a los patrones propios de ese fin más que al mismo presente. Pero la situación de España hoy es completamente opuesta: se perciben males y no solo no se ve el fin, sino lo que es peor: nadie imagina que lo tenga. Lo único seguro es la indefinida persistencia del mal. Y no hay duda que esa perspectiva ahonda la gravedad de la situación, pues es imposible salir de los problemas si se está convencido que no tienen salida. Las actitudes y reacciones ante un mal crónico son diferentes por completo de las consideradas de coyuntura.

La perspectiva de malestar indefinido alimenta un sentimiento generalizado de alienación, de desposesión del presente de uno mismo y de su propio grupo familiar. Ni siquiera se sabe con claridad en manos de quienes estamos, si se menosprecia a los políticos. Nuestro propio futuro de quien depende entonces, ¿del mercado? ¿del gobierno?, ¿de la Unión Europea? ¿de Alemania? ¿de los banqueros? ¿de los empresarios? ¿de las Autonomías? ¿de oscuros poderes? La ausencia de una vía clara para salir del mal, esta sensación de despose-

sión del futuro vivida desde un presente negativo, no hace más que ahondar y radicalizar la gravedad del malestar. El futuro ya no es el escenario de una esperanza y, menos aún, de una utopía; es el de la seguridad en la perpetuación del mal, causante de la agravación del presente al privarse, también, de un futuro esperanzador.

Precisamente por ello gobernantes de todos los países sumidos en aguda crisis hoy, se esfuerzan en transmitir —incluso en crear artificialmente— una perspectiva de un próximo futuro mejor. Pero con nulos resultados porque ya está dicho: nada vale que venga de los políticos. Si se piensa en el futuro es para intercambiar una convicción negativa; el efecto depresivo de la crisis ha generalizado el pesimismo en toda la sociedad: el 70 % de los españoles creen que sus hijos vivirán peor que ellos, como constata el *Informe España 2012* de la Fundación Encuentro.

3. Mutación de la crisis por su acumulación

La multiplicación de crisis simultáneas de hoy en España produce una consecuencia decisiva. El creciente malestar detectable en la opinión pública española está vinculado a la acumulación de crisis, sin duda, pero no solo a ellas. Es cierto que se superponen las manifestaciones de crisis; la más notorias —y probablemente más solventables— son la crisis económica y la de empleo. Pero estas están ocultando otras muchas de la misma, por lo menos, gravedad: la crisis institucional, la crisis de la enseñanza, la de los partidos políticos, la corrupción, de deuda pública y privada, de productividad, la crisis demográfica, de la seguridad social, la judicial, la de legitimidad cuestionada además con decisiones y acciones secesionistas financiadas con recursos públicos, de valores, de las altas instituciones del estado, de la Constitución y tantas otras. La *acumulación de crisis superpuestas universaliza o globaliza cada una de las crisis concretas que la integran*, y por ello termina por afectar más allá de cada uno de los sectores específicamente involucrados.

La superposición de las múltiples crisis económicas, culturales y políticas, ocasiona un contagio generalizado al espacio público que transforma la enfermedad en epidemia. Las imágenes de las crisis producen tantos efectos negativos como la propia crisis, generalizando la vivencia del mal, hasta entre los escasos sectores indemnes a la misma. Los males de la sociedad española coinciden con las simultáneas de los escenarios donde hasta hace poco podría ayudar a nuestra salida o al menos al suministro de apoyo. La Unión Europea que favoreció decisivamente nuestro despegue económico y de ahí el intenso europeísmo de la sociedad española, ha desaparecido como depósito de esperanzas colectivas. La imposición de decisiones severas —y crecientemente impugnadas, con razón o sin ella— para la salida de la crisis, la ha transformado en agravante de nuestros problemas.

Estamos en un escenario en que lo cuantitativo se ha transformado en cualitativo en España. La multiplicación de sectores afectados negativamente por los efectos de la crisis, incrementan exponencialmente la sensación colectiva de malestar y la conciencia de su generalidad. El conjunto supera con mucho a la suma de las partes. Si desde las partes se configura una percepción generalizada del mal, la situación ya se ha invertido: cualquier nuevo mal o queja en el escenario social —por frágil que sea— se le identifica a priori como una manifestación del mal general. La sociedad contempla la variedad de sectores damnificados como casos concretos de un mal generalizado, de una epidemia universal, sean médicos, funcionarios, profesores, estudiantes, subidas de impuestos, parados, reducción de inversiones públicas, cortes en las inversiones públicas en infraestructuras esperadas, sectores industriales en crisis, cierres de empresas y Cajas de Ahorros —creadas y mantenidas centenariamente por la sociedad civil cuando todavía no existía y ahora desaparecidas en bancarrota—, despidos, desahucios bajadas de sueldos etc. Todos son muestras particulares de una epidemia generalizada de desconocido origen y que favorece que personas o grupos, no afectados directamente, sin embargo se autodefinan —por lo menos en sus comportamientos y en sus temores— como insertos entre los damnificados.

Por eso lo que debemos plantearnos es si, en verdad, a la actual superposición de crisis concretas se le puede denominar crisis o, en realidad, estamos ante una mutación de nuestro sistema social. La reiterada afirmación de que nos encontramos ante un “cambio de ciclo”, un cambio histórico, una “nueva era” y similares, denota esa percepción de que estamos en presencia de algo diferente —y mucho más hondo, dilatado y complejo— que la mera alteración de partes concretas de nuestro sistema social. El todo suma infinitamente más que todas las partes y, lo que es peor, nos coloca en un escenario mucho más grave, relevante y problemático.

Los sociólogos llevan algún tiempo advirtiendo que estamos inmersos en ese “cambio de ciclo”, transición histórica o mutación de nuestro sistema social. La nueva era de internet y la globalización ha acelerado procesos de cambio y crisis hasta el vértigo; sin ellos probablemente hubiera sido posible gestionar las crisis singulares o parciales y los cambios realizarlos a cámara lenta. Pero eso ya es mundo desaparecido, como analizó Castells. Giddens calificó nuestro presente, expresivamente, como *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas* (2000), donde describe las múltiples dimensiones del terremoto de transformaciones, al que se ha de hacer frente en la sociedad actual, en un mundo fuera del control de casi todos.

Las consecuencias negativas de la crisis y su universalización a todas las manifestaciones de la sociedad, se incrementan por su instalación en un universo en mutación. Comparto la tesis de Touraine —desarrollada en el escenario más benigno de la crisis de 1973— cuando ubicó la crisis en un escenario de mutación social que anuncia el fin de un período histórico (1976). Advir-

tió que una crisis es un accidente de la coyuntura que adquiere su significado relacionándolo con los cambios de la estructura de la sociedad. Considera reduccionista ese enfoque y propugna superar las interpretaciones de los cambios en términos de crisis —noción que entiende inserta en la ideología del poder—, cuya gestión y solución tiene salida dentro de lo establecido. Para él salir de la crisis implica reconocer los nuevos escenarios que se construyen, maneras diferentes de definir las causas de la situación presente y, sobre todo, de imaginar el futuro de nuestras sociedades. Estamos en presencia en realidad de una mutación histórica: “Hablar de mutación implica que estamos inmersos en la formación de un nuevo campo cultural, de nuevas relaciones, nuevos conflictos sociales y nuevas formas de poder” (Touraine, 1976, p. 53).

Esto significa que, además de las crisis —en plural—, tenemos separadamente, otra que es la gran crisis generada por la multiplicación de las crisis, inserta en la perspectiva de lo que, con Braudel, podríamos denominar “la larga duración”. Un doble marco que modifica por completo la interpretación de la génesis, el sentido y el alcance del malestar. El profundo malestar existente en la sociedad española refleja la valoración subjetiva o grupal dentro de un futuro que no termina de alumbrar, cuyos contornos se ignoran por completo pero se sabe totalmente incontrolado por los propios actores. La crisis no es un accidente en el camino, sino la expulsión hacia un futuro —que es ya presente— que no se sabe dónde está, un escenario tan inexorable como dramático. En esta perspectiva el potencial perturbador del malestar —en los grupos y los individuos— supera con mucho la magnitud de los efectos concretos de cada crisis. El malestar es también otro, mucho más grave en la perspectiva creciente de desaparición de un mundo conocido sin que se conozca qué es lo que nace, ni el lugar que en él se podrá desempeñar. Por eso sería un error evaluar el malestar en términos de presente; el actual malestar de la sociedad española abriga mucho más que la quiebra de un pasado positivo o de unos males específicos. Desde ese territorio, el malestar se incrementa hasta el infinito por la incertidumbre ante el futuro. Debemos ser conscientes pues de la doble cara del malestar: en términos de presente y concretos, pero también y sobre todo en términos de ese futuro y de mutación. Nadie puede asegurar hoy que ese futuro no vaya a venir condicionado por posibles reacciones colectivas ante el malestar de hoy.

4. La cultura política

La percepción y vivencia del malestar guarda también relación con el propio sistema democrático. La democracia contiene también elementos estructurales propiciatorios para activar o concienciar el malestar o las dos cosas. Las formas de transmisión de los *propios principios democráticos como sus prácticas concretas pueden, en muchos casos, favorecer o alimentar el malestar*. El argumento lo expresó con toda claridad Raymond Aron. Sostuvo que la democracia se asienta en unos valores que son en gran medida irrealizables en la

práctica y advirtió que: “Las sociedades modernas nos parecen más injustas de lo que les parecían las del Antiguo Régimen a los que vivían en ellas” y lo atribuyó a una circunstancia relevante: “Por una simple razón: las modernas sociedades democráticas invocan ideales en gran medida irrealizables y a través de la voz de sus gobernantes aspiran a un dominio inaccesible de su destino”. La dinámica política se sitúa así en la dualidad entre la realidad y los valores; los medios y los fines; las decisiones irreversibles y los principios; las exigencias del momento y objetivos esenciales; los principios enunciados y los practicados o vividos (Aron, 1985, pp. 122-123). Si el gobernante queda envuelto, sobre todo durante crisis graves, a las imposiciones de la realidad, a medida que se hace más aguda, se hace más notorio el alejamiento de las decisiones de los principios donde se asienta la propia democracia.

Se entra así en un espiral sin fin del malestar: La crisis alimenta entre los ciudadanos la exigencia de cumplir con los principios en el momento que, por la propia crisis, se aleja o, al menos, se dificulta su aplicación en la práctica. Las decisiones concretas se alejan de los principios básicos enunciados como objetivos por el sistema democrático, como consecuencia de la profundidad de la crisis. Los valores de la justicia, de la igualdad de oportunidades, del bienestar y las múltiples promesas y derechos insertos en los textos constitucionales básicos o en los programas electorales, quedan erosionados en su práctica por el efecto expansivo de las crisis. En tales situaciones se reclaman cada vez más los principios, a medida que es preciso eludirlos en decisiones inexorables o tenidas por tales.

La dicotomía entre la realidad y los principios democráticos básicos que asientan la democracia del país, se agudiza precisamente cuando más necesario se necesita su fortalecimiento. Y así la crisis agudiza la crisis, incrustándola por añadidura como un cáncer en el mismo núcleo del sistema político.

La democracia alimenta, por ello de manera estructural, la contraposición entre la «democracia establecida» y «democracia como moral», la “democracia existente” y la “democracia como utopía” que Aranguren concibió como tarea interminable que nunca puede dejar de ser lucha por la democracia, de aspiración a la democratización plena de la sociedad, trascendiendo la esfera meramente política. La demanda ética como elemento impulsor de la dinámica política. La democracia como instrumento para acceder a la democracia. Es decir un plano que marca siempre el objetivo de trascender lo conseguido para acceder a la raíz y la plenitud democrática, pero naturalmente mostrando las permanentes limitaciones de lo conseguido, que es lo que importa subrayar. En muchas ocasiones destacó esta perspectiva de manera inequívoca: “El fundamento de la democracia —escribió— es la democracia como moral. Y moral en tanto que instancia crítica permanente, actitud crítica siempre vigilante. Crítica de todo lo establecido en tanto que establecido, lo mismo o casi lo mismo si viene de la izquierda que si viene de la derecha, porque lo establecido es lo

hecho ya y no lo moral, es decir, lo que está aún por hacer, lo que es, todavía, una incumplida exigencia. Con lo cual ya vemos que la moral que ha de servir de base a la democracia, en tanto que instancia crítica siempre tras un régimen “ideal” es, asimismo, utópica” (Aranguren, “La democracia como moral” art. de 1976, reproducido en 1995, p. 396).

Esa pureza de la política desde lo ético, alimenta permanentemente la insatisfacción con la realidad. Y si esto ocurre en el terreno de los principios o valores básicos, en la misma dirección se mueve en el terreno de la práctica, la esfera de la mera lucha política en las democracias. Los partidos de oposición, en cada país, alimentan la agudización de la conciencia del malestar, al resaltar de manera continua, legítimamente, el desnivel entre los elementos negativos y censurables de la realidad y de la práctica política de los gobernantes, con los principios y valores básicos políticos y constitucionales. Tenemos así la realidad menospreciada tanto desde el terreno de los principios, como en su práctica concreta. De ahí se deriva, sobre todo en situaciones de crisis, una percepción muy cargadamente negativa de la realidad. En especial, en países donde la ausencia de tradiciones democráticas, como ocurre en España, no han favorecido la emergencia de una cultura cívica pragmática y la interpretación de la realidad puede hacerse más desde esa visión de la democracia como moral, que como camino progresivo de esfuerzos comunes en pro de objetivos limitados. Aquí siempre ha sido más difundido y ha tenido mejor imagen Marx —aunque fuera como decía Murillo el Marx de *pret a porter*— que Popper, y eso también produce sus consecuencias. Desde luego no con las mismas peculiaridades, pero tal vez persistan de alguna manera aquellas actitudes milenaristas constatadas por Juan Díaz del Moral en su *Historia de las Agitaciones Campesinas Andaluzas* (e.o. 1929) quien describía la falta de sentido práctico de aquellos campesinos de principios del siglo XX que, tal vez, actualizadas no han desaparecido del todo —muy especialmente en situaciones de crisis— al escribir que: “El obrero andaluz entusiasta, idealista, inconsistente, desdeñará la mejora material inmediata y aspirará en cada exaltación a conseguir en un momento el triunfo definitivo; recorrerá en pocas semanas el arco ascendente hasta alcanzar el cenit, y en menos todavía descenderá hasta los abismos” (1995, p. 25).

Y hay en este punto que mencionar dos dimensiones derivadas, que refuerzan la mencionada tendencia a menospreciar la evaluación pragmática de la vida democrática. Una de ellas es la tendencia, constatable desde la transición, a considerar la democracia desde el mero plano de los derechos, desprovisto de deberes correlativos. Esta cultura política favorece y refuerza, estructuralmente, evaluaciones y reivindicaciones, desconectadas de cualquier pragmatismo. La generalizada transformación de los derechos sociales en concretos derechos económicos, exigibles en cualquier situación y el gasto público por sí en un bien, sin preocupación por su efectividad, es un ejemplo de las peculiaridades de nuestra cultura cívica que puede agudizar el malestar al incrementar los obstáculos en la gestión de la salida de la crisis.

La segunda guarda relación con una cuestión sobre la que se ha escrito mucho; es sobre la Memoria histórica pero quisiera traerla en otra perspectiva. Me refiero en concreto a la persistencia de hábitos entre los dirigentes políticos y sindicales —y permeabilizada a amplios sectores de la población— de una cultura política de oposición al régimen —y no al Gobierno—, fraguada durante el franquismo, pero que a lo mejor se mantiene activa en las estrategias y comportamientos de relevantes actores y estrategias políticas. Una persistencia que ayuda también a explicar las dificultades del consenso, analizadas con precisión por Alzaga (2010), además de la radicalidad verbal de las posiciones.

5. El desnivel entre las expectativas y la realidad

Otro factor influyente en *la generación de malestar proviene de la relación entre las expectativas y la realidad*. Se trata de un problema clásico estudiado por la sociología de la revolución, pero fue Tocqueville en un lúcido análisis, quien puso en órbita un singular enfoque al estudiar la génesis del fenómeno revolucionario en Francia. En contra de interpretaciones de sentido común, Tocqueville acertó al resaltar la necesidad de situar la revolución en términos no de acontecimiento, sino de proceso histórico o de su génesis, en su magistral estudio *El Antiguo Régimen y la Revolución* inicialmente publicado en 1856. Y en su análisis hizo una aportación decisiva: detectó que el malestar, la crisis y la revolución no están asociados a la pobreza o a la escasez, sino con la interrupción del bienestar. Su fino análisis es insustituible y lo anuncia sin rodeos el propio título del capítulo 4º: “Cómo el Reinado de Luis XVI fue la época más próspera de la Antigua Monarquía, y como ésta misma prosperidad precipitó la Revolución”. Describe ahí cómo no es con la prosperidad sino con la quiebra de las expectativas cuando se desencadena el descontento público y la revolución, que “acentúa y va en aumento el odio a las antiguas instituciones” y añade: “Cabe decir que a los franceses les pareció más insoportable su posición cuanto mejor era. Hechos así producen asombro —añade—; la historia está repleta de espectáculos semejantes” (1982, p. 183). Y la consistencia de su argumento es insuperable al analizar la dinámica del cambio revolucionario:

“No siempre yendo las cosas de mal en peor se llega a la revolución. Suele ocurrir que un pueblo que había soportado, sin quejarse y como si no las sintiera, las leyes más opresoras, las rechace con violencia cuando se aligera su peso. El régimen destruido por una revolución es casi siempre mejor que el que le había precedido inmediatamente, y la experiencia enseña que el momento más peligroso para un mal gobierno suele ser aquel en que empieza a reformarse (...). El mal que se sufría pacientemente como inevitable se hace insoportable tan pronto como se concibe la idea de que es posible sustraerse a él. A medida que se van suprimiendo abusos, es como si se fuera dejando al descubierto los que quedan, haciéndolos más inaguantables; el mal es ciertamente menor, pero la sensibilidad es más viva. Con todo su poder, el feuda-

lismo no había inspirado a los franceses tanto odio como en el momento en que estaba ya a punto de desaparecer” y añade en referencia a 1780 “veinte años antes no se esperaba nada del porvenir; ahora, no se teme nada. La imaginación, apoderándose anticipadamente de esa próxima e inaudita felicidad, hace a las gentes insensibles a lo que ya poseen y las precipita hacia las cosas nuevas” (1982, pp. 183 y 184).

La tesis de Tocqueville —que en cierto modo retomó Durkheim al examinar el suicidio anómico— es diferente al pensamiento marxista sobre la revolución; su concepción que la desencadenaría la creciente distancia entre la clase capitalista y la pauperización creciente del proletariado; en otras ocasiones lo que subraya es la agudización de la pauperización del proletariado. Pero en cualquier caso, este marco de referencia se encuentra en análisis históricos como el conocido *Anatomía de la Revolución* (1957) de Cane Brinton —donde estudia lo acontecido en cuatro países en progreso económico: la revolución americana, francesa, rusa e inglesa— en las que constató que, en realidad, fue el bloqueo de las expectativas de sus sectores más dinámicos los que desencadenaron los mencionados movimientos revolucionarios. Y esta línea de análisis fue recogida posteriormente por James C. Davies en su trabajo de 1962 (sigo en este apartado a F. Murillo, 1970, pp. 123-126 y a A.S. Cohan, 1975, pp. 272-291 y Dowse y Hughes, 1975, cap. 13).

Para Davies la revolución es resultado no del grado de satisfacción real de las necesidades, sino del gap o distancia entre la satisfacción real de las necesidades y las expectativas o deseos que se hayan despertado en la sociedad; el desnivel entre el ser y el debe ser. En un eje de abscisas y ordenadas —de necesidades y tiempo— las expectativas crecen incesantemente y lo mismo ocurre, en paralelo pero a un nivel más bajo, con la satisfacción real. Pero si la satisfacción de las necesidades reales empieza a disminuir —como ocurre en situaciones de crisis— y las expectativas mantienen su pauta de crecimiento, entonces se genera el desnivel entre ambas y al incrementarse, ese diferencial o gap entre ambas, es el escenario que desencadena la revolución. La inercia de las expectativas o su tendencia a crecer una vez despertadas, sería lo que desencadene la revolución, mucho más que la propia situación real que se padezca. La teoría de la privación relativa ha adquirido difusión también con su aplicación al examen de la psicología de la violencia. Una privación que puede ser por aumento de las aspiraciones con los mismos niveles de saturación, o por decrecimiento de los logros con las mismas aspiraciones y la privación en la brusca interrupción de un período de ganancias esperando que éstas continuarían.

El marco interpretativo del papel de las expectativas en la revolución es plenamente aplicable a la situación actual del malestar en España. Desde luego, es notorio el drástico recorte de la satisfacción real de las necesidades ocasionado por la crisis en amplios sectores de nuestra sociedad. Y hay que suponer que las expectativas si no han seguido subiendo —la publicidad, el

desboque de consumo de años anteriores, etc—, desde luego no se han reducido. Basta con un indicio: en ningún sector de la sociedad prevalece una lectura crítica sobre la artificiosidad de los años de prosperidad, asentada en una gigantesca deuda pública y privada, sino el anhelo, e incluso el derecho, a repetirlos. Los logros alcanzados perviven como derechos adquiridos en suspensión, y su desaparición o restricción como la quiebra de un derecho a la espera de su reimplantación. Una reciente encuesta de la Fundación BBVA muestra que los españoles quieren más estado —pese a ser gestionado por los políticos, de los que abrumadoramente se desconfía— y menos mercado, y entre diez países europeos, los españoles son quienes menos proponen “hacer recortes y ajustes para cuadrar las cuentas públicas” porque defienden aumentar el gasto público para estimular el crecimiento (Fundación BBVA, 2013).

Es evidente que no es posible determinar el nivel concreto de disparidad entre las expectativas y la realidad para desencadenar una crisis o una revolución. Lo que desde luego es posible constatar en cada momento la existencia de desnivel entre ambas. Y ese desnivel está verificado en España en innumerables estudios rigurosos que registran las muy negativas percepciones de la realidad y la amplitud de los sectores que se autodefinen como que han empeorado en los últimos años. No es por consiguiente tan importante el que sigan o no creciendo las expectativas, cuando es la realidad la que se desploma; probablemente el desnivel se está generando en buena medida por el desmoronamiento de lo conseguido, en un contexto de aspiraciones y expectativas interrumpidas bruscamente. La situación pues alimenta el malestar de manera profunda y a extensos sectores de nuestra sociedad.

La rapidez con que se ha producido el desplome, sin duda ha agravado los efectos de la disparidad entre expectativas y realidad, ante la aparición de una realidad inimaginable hasta entonces. Se trata de otra dimensión importante que agrava la percepción social de la crisis. En pocos años España ha pasado de ser un país admirado y con creciente bienestar, que hoy parece un sueño. Pasar del bienestar a la pobreza súbitamente, ocasiona desde luego altos niveles de malestar.

Los datos de los sondeos mensuales del Centro de Investigaciones Sociológicas, desde hace casi dos décadas, ofrecen una radiografía sumamente crítica de la realidad y de las expectativas inmediatas. Entre 2010 y 2013, más de cuatro de cada cinco entrevistados consideran que la situación económica es mala o muy mala, y más de un tercio considera que empeorará el próximo año. Y la misma tendencia se produce en la evaluación de la situación política; cerca del 40% considera la situación mala o muy mala y un 27% que empeorará el próximo año. El hundimiento de la realidad existencial después de la vivencia de prosperidad, extrema el desnivel entre las aspiraciones y necesidades y los logros; un escenario de aguda frustración con potenciales efectos en los comportamientos sociales.

TABLA 1: VALORACIÓN DEL FUTURO

Media por períodos

	1996-1999	2000-2004	2005-2009	2010-2013
Valoración de la situación económica actual (%)				
Muy buena	1,1	1,6	0,6	0,1
Buena	22,9	30,4	17,0	1,4
Regular	49,1	49,3	41,6	14,6
Mala	18,8	13,6	26,1	40,1
Muy mala	5,5	3,3	13,5	43,4
N.S.	2,3	1,7	1,1	0,3
N.C.	0,3	0,2	0,1	0,1
(N)	2494,6	2489,1	2479,9	2487,0
Valoración de la situación económica prospectiva (1 año) (%)				
Mejor	5,8	16,1	14,3	17,6
Igual	42,1	45,7	40,3	36,8
Peor	12,3	18,3	32,0	34,9
N.S.	19,5	17,7	13,1	10,4
N.C.	0,3	0,4	0,30,2	
(N)	2493,1	2443,5	2479,7	2487,0
Valoración de la situación económica actual (%)				
Muy buena	1,1	1,3	0,8	0,2
Buena	21,7	24,8	15,3	3,7
Regular	45,9	43,2	39,8	23,7
Mala	16,9	16,6	25,2	36,5
Muy mala	5,7	5,7	11,4	31,2
N.S.	7,7	7,3	6,3	4,0
N.C.	1,0	1,0	1,2	0,7
(N)	2494,5	2489,2	2479,7	2487,0
Valoración de la situación económica prospectiva (1 año) (%)				
Mejor	19,7	13,8	13,5	13,9
Igual	43,7	48,8	47,6	44,7
Peor	10,5	13,2	20,0	26,7
N.S.	20,6	21,2	17,6	13,8
N.C.	0,9	1,2	1,3	0,9
(N)	2377,9	2443,2	2479,7	2487,0

Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Nota: Los porcentajes son medias mensuales de enero a diciembre de los años respectivos, excepto en 2013 que sólo incluye hasta mayo.

6. El victimismo del malestar

Otra dimensión cultural pero con profundas consecuencias políticas proviene de la consistencia de la *estrategia de la victimización* ampliamente instalada en España como en otros muchos países de Occidente.

Se trata de una tendencia tan consistente que hasta se difunde como pasatiempo en los medios de comunicación en los países desarrollados. La queja en Inglaterra se presenta incluso en exitosas series de televisión protagonizadas por personajes que se quejan ante las cámaras de sus dolencias, y lo mismo ocurre con la difusión de las quejas en exitosos libros y en letras de grupos de música rock: “Mucha gente nunca es tan feliz como cuando tiene la oportunidad de quejarse” (J. Baggini, 2012, p. 14). Aunque quizá haya sido Woody Allen quien haya convertido incluso en rentable espectáculo el permanente malestar de los protagonistas de sus películas que reflejan muy bien los estilos de vida de sectores sociales privilegiados. También en España, a poco que se atienda a los programas de radio con intervención de los oyentes, puede observarse su transformación en el gran quejido nacional.

No es nada sorprendente el auge del sentimentalismo victimista en las sociedades modernas. Estas prescriben la manifestación de los sentimientos si son meramente individuales o personales, pero los exaltan si sus raíces son acontecimientos colectivos. Tocqueville ya observó que, en la democracia, la igualdad hace sensible a la compasión por el sufrimiento de los demás. Los políticos alimentan sin cesar esa tendencia al mostrar, apasionadamente, su solidaridad con cualquier desgracia o cataclismo natural, por muy inútil e incluso contraproducente que sea su inmediata presencia. Son los sumos sacerdotes laicos del sentimentalismo, convertido en insoslayable corrección política, que recogen y amplifican la prioridad de la expresión de su dolor y compasión. Por no aludir a casos españoles, recordaré las duras censuras a la Reina de Inglaterra por su falta de exhibición pública de dolor cuando falleció en accidente Lady Diana, comportamiento que, para atenuar las abiertas censuras populares, tuvo que modificar días después por presión del entonces Primer Ministro Tony Blair.

El sentimentalismo y la cultura de la queja han logrado su arraigo entre otras razones por su conexión con el énfasis en lo subjetivo e individual, y la erosión de los deberes y obligaciones, en donde ser vulnerable es ser invencible. Es la cultura de la queja que Hughes ha examinado con precisión. De muchas maneras se ha creado una infantilizada cultura de la queja: “Ser infantil es una manera regresiva de enfrentarse a la cultura social: No la toméis conmigo, soy vulnerable” (Hughes, 2005, p. 21). Declárate inocente y transfieres la culpabilidad: “La queja te da poder, aunque ese poder no vaya más allá del soborno emocional o de la creación de inéditos niveles de culpabilidad social”(Hughes, p. 19). De ahí el éxito de terapias que atribuyen los comportamientos al status

de víctima, sea por razones atribuibles a nuestros padres, a que procedemos de familias desestructuradas, a que hemos sido maltratados, a que hemos sido víctimas de acosos escolares o de profesores, a que nadie nos quiere, a que no hemos tenido suficientes oportunidades vitales, o a cualquier argumento que nos exime de responsabilidad. Exhibida nuestra dolencia es a otros a quienes corresponde justificar nuestro comportamiento. La psicologización de la sociedad tiene mucho que ver con este engrandecimiento del sentimentalismo de la queja. Pero una psicologización en “unas sociedades de individualismo de masa”, examinadas con maestría por Ehrenberg (2010), en las que las neurosis clásicas de transferencia —histeria, obsesión, fobia, depresión— desde mitad del siglo XX han dejado paso a neurosis del carácter propias de patologías narcisistas, desorganización de la personalidad, pérdida de estima, etcétera.

Pero ha sido Bruckner quien en su libro *La tentación de la Inocencia* (1998) más énfasis ha puesto en la denuncia de ese papel de la victimización que conduce a un proceso de regresión a la infancia del hombre contemporáneo. Es tal el prestigio que en las sociedades contemporáneas ostentan las víctimas, reales o simuladas, que ha devenido en un estatuto envidiable y deseable para una pléyade de simuladores para quienes “ser una víctima se convertirá en una vocación, en un trabajo a jornada completa”. Estamos en presencia de la generación de “me lo merezco”. Y desde luego me lo merezco ahora, sin tardanza. Es otro comportamiento infantiloides en la manifestación de la queja: la solución no puede esperar, el remedio tiene que darse “ahora” y “ya”; adverbios por cierto habituales en las pancartas o gritos de protesta en manifestaciones. Se trata de un rasgo típicamente infantil el no diferir las satisfacciones pero ahora se encuentra muy generalizado entre los adultos en queja.

Una inocencia que permite escapar de las consecuencias de los propios actos, “del intento de gozar de la libertad sin sufrir ninguno de sus inconvenientes”, mediante dos caminos: el infantilismo y la victimización, “dos maneras —dice— de la irresponsabilidad bienaventurada”. La primera perpetúa la inocencia como parodia de los años infantiles y culmina en la figura del inmaduro perpetuo. La victimización “es sinónimo de angelismo, significa la falta de culpabilidad, la incapacidad de cometer el mal y se encarna en la figura del *mártir autoproclamado*”, instalándonos en lo que llama “La Edad de Oro en pantalón corto” (pp. 14-17 y 89) y de la irresponsabilidad universal. La victimización se convierte en una buscada y rentable etiqueta, un atributo interesado, en astuta estrategia para conseguir comprensión y aceptación de los propios males; grupos enteros, incluso naciones o regiones, reclaman en nombre de su infortunio un trato particular: “Ahí radica el vínculo común entre infantilismo y victimización: uno y otra se fundamentan sobre la misma idea de un rechazo de la deuda, sobre una misma negación del deber, sobre la misma certidumbre de disponer de un crédito infinito sobre sus contemporáneos” (p. 109). Se reclama así, usurpando el lugar de las auténticas víctimas, ventajas inmerecidas, colocar a los demás en estado de deudores respecto a uno mismo. “Ya nadie está dis-

puesto a ser considerado responsable, todo el mundo aspira a pasar por desgraciado, aunque no esté pasando por ningún trance particular” (p. 16). Y como basta que a uno le traten como víctima para tener razón, todo el mundo se esforzará en ocupar esa posición gratificante (p. 134).

La victimización se convierte así en una estrategia sumamente provechosa y los medios de comunicación en su imprescindible instrumento de difusión; la exhibición de sentimentalismos colectivos se ofrece envuelta como muestra de solidaridad social. La sociedad se convierte así en un gigantesco mercado de dolencias, de incontables presuntas víctimas, luchando para atraer la atención —es decir los beneficios— de su notoriedad. Nada se hurtará para presentar la propia victimización, que será seguida con la recepción de óptimos bienes de la colectividad, materiales o en derechos. Y todos los grupos buscarán su parte del beneficio en este gran descubrimiento durante la democracia: mayores, estudiantes y sin estudios, mujeres, gays, niños, campesinos, inmigrantes, agricultores, industrias en declive, enfermos y médicos, funcionarios y militares sin graduación, reclaman su especificidad y el reconocimiento de su específica victimización a compensar —eso sí— por el conjunto de la sociedad. La proliferación de Asociaciones de víctimas o afectados de cualquier realidad —sea la paralización de unas obras o su inicio, la instalación de una cárcel, un vertedero, el ruido de un aeropuerto en casas construidas con posterioridad, etc—, operan como eficaces grupos de presión. Esta tendencia, sin duda, ha sido reforzada por la acelerada secularización de la sociedad española; si la religiosidad ensalzaba la resignación y la esperanza en la otra vida, hoy no persiste freno a la exhibición de los males propios, para la imputación a su responsabilidad de cualquier agente exterior. La cultura de la queja y de la reivindicación ha quedado fortalecida sin límites —ni interiores o personales, ni exteriores o públicas— donde siempre puede encontrarse además algún grupo político o sindical interesado en su respaldo que los legitima y con ello lo activa en contra de los poderes del momento utilizando sus quejas como bandera de rechazo a los gobernantes del momento, antes de su claudicación.

En España, sin necesidad de recordar la picaresca, pueden mencionarse muchos ejemplos de esta tendencia. Los miles de españoles damnificados por las preferentes, por ejemplo, parecen demasiados para ser en todos los casos víctimas de fraudes y engaños; es una tasa demasiado alta de gestores ingenuos de su propia economía para considerarlos estafados por astutos y malvados banqueros. Desde luego, un porcentaje de ellos sí han sido víctimas claras —los de edad avanzada, personas de baja cultura, aisladas y presionadas por sus Bancos— y es obligado repararlos; pero no resulta verosímil universalizar ese perfil como se pretende. La mayoría invirtieron, muy probablemente, con la esperanza de obtener rentabilidad elevada y asumieron riesgos que luego no se materializaron. Como tantas veces ocurre, lamentablemente, no tuvieron acierto en su inversión, calcularon mal los riesgos y esconden sus propias decisiones transfiriéndola, al presentarse como víctimas en manos de las instituciones finan-

cieras y, cómo no, de los políticos. Y esto ocurre en muchas otras desgracias que proliferan en nuestra sociedad. El ciudadano está exento de responsabilidad, y es en la sociedad donde deben encontrarse las causas de sus pesares. Y lo mismo ocurre en las múltiples manifestaciones de la crisis; es en otros derroteros donde han de buscarse las imputaciones. Y teniendo a los políticos, toda la sociedad es, obviamente, víctima de los políticos.

La tendencia al victimismo y la cultura de la queja incrementa la atribución de las causas y consecuencias del malestar a la propia sociedad. El individuo queda postergado y atrincherado en la propia sociedad como escenario de la exclusiva responsabilidad de sus males. E incluso aun cuando esa fuera la causa exclusiva, esta actitud no moviliza la dinamización de los esfuerzos personales para salir de la crisis y del malestar que origina.

7. La crisis en las clases medias

Una de las circunstancias que ayudan a entender la amplitud del malestar es *por el gran impacto de la crisis en las clases medias*. Debe quedar para otra oportunidad el examen de los efectos singulares referidos a los excluidos, donde tal vez estén haciendo el recorrido que diagnosticó Groucho Marx cuando pronosticó que la pobreza podría derivar en miseria. La peculiaridad de la crisis actual es que las consecuencias negativas en el bienestar inciden de manera singular —y no exclusiva— en los diferentes sectores de clase media, tanto la nueva clase media como la tradicional. Su situación se produce en un contexto que la agrava y probablemente dificulta su salida; sobreviene después de unos años de gran euforia económica en los que, esas clases, han modificado sus hábitos de consumo con estilos de vida suntuarios y en muchos casos se encuentran con excesos de endeudamiento contraído en la fase de prosperidad al que deben hacer frente ahora en la crisis.

Esto es ya un hecho nuevo; siempre han existido pobres o excluidos, pero la novedad de esta crisis es que afecta de lleno a sectores que carecen de experiencia y vivencias de padecer una crisis tan generalizada de empleo o de bajada de ingresos o de bienestar y tienen, además, menos experiencias, resortes y habilidades para sobrevivir en la crisis. La clase media, en su conjunto cuenta con menos acceso a estrategias alternativas de supervivencia, como trabajo en la economía sumergida y similar. Y en todo caso, es indudable que existen menos políticas e instituciones específicas de apoyo para atender a sus necesidades; las políticas de solidaridad social, escasas en España, excluyen a los sectores de clase media.

No es sólo que la crisis afecte de lleno a la clase media con menos resortes para afrontarla; hay que añadir que el recorrido de su descenso es mayor que en la clase baja y eso es además una novedad casi sin precedentes.

Es decir, si padecen la crisis pierden más —porque tenían más— que los que nada o poco tienen, y de inmediato deben desprenderse de mucho más bienestar porque su hundimiento es mayor. Se podrá admitir que su reacción sea más dramática. Sufriendo las mismas situaciones, como la pérdida de empleo, el cambio cuantitativo es más grande por lo que el impacto cualitativo será también mayor para sus integrantes. Pasar de nuevos “ricos” a nuevos “pobres” constituye un recorrido más largo.

Estas condiciones producen además un efecto colateral muy relevante: la clase media sí tiene instrumentos culturales, expresivos, sociales y contactos para trasladar su agravio al conjunto de la sociedad. No todas las clases sociales tienen equivalentes oportunidades para difundir al público sus dolencias. La clase media sí lo tiene. Cuenta con habilidades y densas relaciones sociales para dotar de altavoz a su situación particular, aunque no sean peores a las padecidas por otros sectores. Le sobran instrumentos para crear opinión pública directamente o acceder a sus creadores; tienen innumerables medios para universalizar su mal. Se atribuía que la clase media formaba masivamente la mayoría silenciosa, pero la hondura de la crisis que sufren las convierte en parlanchín con facilidad. Y no es nada inocuo que sea la clase media la más afectada por el malestar; ha sido la dinamizadora de grandes convulsiones a lo largo de la historia de España; como escribió Marañón: “Las últimas grandes agitaciones de España, como la caída de la monarquía, en 1931, y la reacción nacionalista, en 1936, han sido obra de la burguesía y no del pueblo. Éste ha sido un simple instrumento —dice— de la ideología exaltada de los agitadores de la clase media” (Marañón, 1947, p. 45).

No procede aquí hacer historia pero quedémonos en que la clase media juega un papel determinante como sufridora de la crisis, pero también —y no es menos decisivo— como generadora de opinión pública. La clase media sabe cómo proyectar su malestar, universalizarlo e instalarlo en el centro del debate político. Un testimonio elocuente de esta capacidad lo constituye la peculiar forma como se ha instalado el debate sobre los impuestos en España. La centralidad la ocupa la bajada de impuestos, incluso en partidos que se clasifican de izquierda, donde pudieran esperarse demandas de incremento de impuestos destinados a sectores de mayor riqueza, como impuesto extraordinario sobre el patrimonio —que ya existió durante la transición—, o el incremento de las segundas o terceras viviendas, o los automóviles de más alta gama, etc. Pero nada de esto se plantea; el debate público está monopolizado por los intereses de la clase media de reducción del impuesto sobre la renta. Naturalmente, planteo el ejemplo como peculiaridad del debate público, porque no son obviamente estas mis propias opciones al respecto.

Y hay que añadir que estas circunstancias adversas para la clase media, se agravan aún más, porque quiebra una tendencia, de pocos años pero muy acelerada, en sentido contrario. Los procesos de movilidad social intergenera-

cional, aunque no hay datos todavía referidos a la actualidad, han cambiado bruscamente de tendencia. El crecimiento económico desde mediados de los ochenta y, sobre todo, durante los noventa, la consolidación de las políticas y estructuras del Estado del Bienestar, las políticas de desarrollo regional desde el ingreso en la Unión Europea, la modernización e internacionalización empresarial, entre otros factores, favorecieron un muy activo ritmo de movilidad social intergeneracional, por encima de la media europea. Los datos del análisis del *Informe España 2012* de la Fundación Encuentro, muestra que, hasta 2006, el 37% reproducía la misma clase social del padre, el 41% asciende de clase y el 22% desciende de clase. Desde entonces sin duda el descenso de clase se ha incrementado poderosamente desde 2006. Ya antes destacamos el muy elevado porcentaje de españoles convencidos que sus hijos vivirían peor que ellos. Y las encuestas del CIS revelan que más de la mitad de los parados consideran poco o nada probable encontrar un empleo en los próximos doce meses y otros estudios que el 83 % de quienes tienen trabajo consideran que les resultaría difícil o prácticamente imposible encontrar trabajo equivalente, y el 70% de los parados ven poco o nada probable encontrar trabajo en un futuro cercano (Toharia, 2012, p. 186).

Pues bien, este decorado de ascenso social intergeneracional ha desaparecido. La clase media ha dejado de tener nuevos integrantes y por el contrario los descensos de clase han debido de empezar a ser muy frecuentes. El malestar desafortunadamente se encuentra por tanto consistentemente asentado en la clase media y sin visos de su desaparición a corto plazo. Sobre todo después de unos años tan análogos a los descritos por Tocqueville: “¿Cómo se habría podido evitar la catástrofe? Por un lado, una nación en cuyo seno se extiende de día en día el deseo de hacer fortuna; por otro, un gobierno que constantemente excita esa nueva pasión, a la vez que la inflama y la enardece: ambas partes empujan así hacia la propia ruina” (Tocqueville, p. 185).

8. Internet y la movilización social

No es el momento de destacar la relevancia social y, sobre todo política, de las nuevas tecnologías de la comunicación. Lo ha hecho con brillantez Jiménez de Parga y a su argumentación me remito. Pero resulta imposible entender la situación de malestar sin constatar *el papel desempeñado por las redes de comunicación* que han posibilitado el nacimiento de lo que Castells ha llamado “autocomunicación de masas: el uso de Internet y de las redes inalámbricas como plataformas de comunicación digital” en la que el emisor decide el mensaje de forma autónoma y proporciona la plataforma para la construcción de la autonomía del actor social, sea individual o colectivo, frente a las instituciones de la sociedad. Las tecnologías que permiten transmitir en tiempo real vídeos por Internet, favorece además extraordinariamente la ampliación de los mensajes (Castells, 2012, pp. 24 y 175). No es posible el prota-

gonismo colectivo del malestar sin eficaces instrumentos de comunicación colectiva e interpersonal rápidos, proporcionando solidaridad y cohesión inmediata. Internet y los teléfonos móviles han sido instrumentos decisivos para la acción, como ha ocurrido con los movimientos en diferentes países de la llamada “primavera árabe”; lo mismo en España con el movimiento de los “indignados” y con la reiterada organización de concentraciones y manifestaciones. Han sido vehículos esenciales para difundir las censuras, críticas y el rechazo a lo establecido, así como para dotar de cohesión a los grupos con malestar y lanzarlos a la acción con manifestaciones y protestas.

Las nuevas tecnologías favorecen la toma de conciencia de fortaleza y del alto número de los comprometidos con la protesta. Hay que recordar que: “la tecnología no determina ningún movimiento ni ningún comportamiento social. Pero Internet y las redes de telefonía móvil no son simples herramientas, sino formas de organización, expresiones culturales y plataformas específicas de autonomía política” pero sus efectos son importantes al favorecer la democratización e “incrementan la participación cívica y la autonomía de la sociedad civil, allanando el camino para la democratización del estado” (Castells, 2012, pp. 108-109). Y todo ello —y es sumamente relevante— sin coste económico y con inmediatez temporal, que posibilita la emergencia de nuevos líderes al margen de las estructuras políticas y sindicales —aunque trabajen a su servicio—, y sin sometimiento a limitaciones orgánicas por lo tanto. Por esto —y es lo relevante ahora— pueden ser absolutamente radicales o absolutistas en sus planteamientos, de censura y propuesta, que arrastran además a los grupos institucionalizados, sean políticos o sindicales. Su frecuente ocupación de la calle y el acoso a instituciones públicas y hogares de políticos —sin las preceptivas autorizaciones— les da fuerza, consistencia a sus demandas, visibilidad social, al mismo tiempo que amplifica la conciencia del malestar al conjunto de la ciudadanía. Esa misma radicalización de planteamientos, agudiza el rechazo a los principios democráticos o a su plasmación, que planteábamos antes al abordar la democracia. El éxito en varias de las demandas planteadas callejeramente (dación por pago; devolución de las preferentes) como escenario privilegiado de su actuación pública, les permite amplificar el malestar y recibir simpatía de sectores importantes de la opinión pública, como muestran diversas encuestas en España.

En su libro *Redes de Indignación y Esperanza*, subtulado “Los Movimientos sociales en la era de Internet” (2012), Castells estudia los fenómenos acaecidos en Islandia tras su colapso financiero, los movimientos en los países árabes, y en USA y dedica también un capítulo al movimiento de indignados en España. Estudia la movilización popular, con preludio en las acciones contra la Ley Sinde que, como en la experiencia de Islandia, arrancó con redes sociales promovidas en Internet, Facebook, Twitter, tuenti etc. que desencadenaron manifestaciones y concentraciones en toda España desde marzo de 2011, con muy alto apoyo ciudadano a tenor de las encuestas. El capítulo, por cierto

se titula “Una revolución rizomática: las indignadas en España”, derivado de los rizomas en el que cada año surgen nuevos brotes que crecen indefinidamente (p. 150), estos movimientos: “Como son una red de redes, pueden permitirse no tener un tener un centro identificable y, sin embargo, llevar a cabo las indispensables funciones de coordinación, así como de deliberación, mediante la interacción de múltiples nodos” (p. 212), con lo que reduce la vulnerabilidad de la represión, así como los peligros de la burocratización y manipulación. Y por su propia naturaleza, estos movimientos son “virales”, producen contagio y difusión, entre países, ciudades e instituciones (p. 214).

Castells resalta que los movimientos sociales se basan en gran medida en internet, un elemento necesario aunque no suficiente de su acción colectiva: “Las redes sociales digitales basadas en Internet y en plataformas inalámbricas son herramientas decisivas para movilizar, organizar, deliberar coordinar y decidir. Sin embargo, el papel de Internet va más allá de la instrumentalidad: crea las condiciones para una forma de práctica compartida que permite a un movimiento sin líderes sobrevivir, deliberar, coordinar y expandirse“(p. 219). Pero sus efectos son todavía mucho más profundos. Los movimientos sociales en red, activan la cultura de la autonomía y en el trasfondo de este proceso de cambio social está la transformación cultural de nuestras sociedades: “Transforma a las personas en protagonistas de sus propias vidas afirmando su autonomía respecto a las instituciones de la sociedad. Por eso, aunque sigan exigiendo medidas para solucionar las miserias actuales de un amplio segmento de la población, los movimientos como actores sociales no confían en las instituciones actuales y se internan en el incierto camino de la creación de nuevas formas de convivencia buscando un nuevo contrato social” pues “Internet proporciona la plataforma de comunicación organizativa para traducir la cultura de libertad en la práctica de la autonomía” (p. 220).

En España es inimaginable, no ya la magnitud alcanzada por los movimientos, sino su resonancia colectiva, sin el uso masivo de las redes como instrumento de movilización. Internet sirvió de instrumento de cohesión y al mismo tiempo de amplificación dentro y fuera de sus activistas. Pero la intensidad de las acciones no tiene que corresponder, necesariamente, con la misma magnitud de sus logros. Salvo una crisis radical de todo el sistema que requiera su replanteamiento, la materialización del cambio pasa por el cambio político, donde la influencia del movimiento es limitada. Sin embargo, el mismo Castells señala que su operatividad para activar ese cambio reside en la impregnación de sus objetivos en la mente de los ciudadanos: “la batalla definitiva por el cambio social se decide en las mentes de las personas y en este sentido los movimientos sociales en red han experimentado un gran avance a nivel internacional” (pp. 225-226). El efecto duradero de estos movimientos, su consistencia y su capacidad para amplificar sus aspiraciones y mensajes a otros sectores sociales, es una incógnita en España, pero el alcance y difusión del malestar social existente no puede comprenderse sin el decisivo papel desempeñado por estos movimientos.

3.

EPÍLOGO: EL MALESTAR Y LA ESTABILIDAD SOCIAL

En este escenario de grave crisis institucional, política, económica y social que ha desencadenado grandes niveles de malestar, cada vez más voces alertan sobre los riesgos de estallido social en España. Personas tan diferentes como el médico Valentín Fuster (*El Mundo*, 7 abril 2013), el economista Jaime Lamó de Espinosa (*El Mundo*, 28 abril 2013) o el político Alfonso Guerra, han manifestado muy recientemente su temor a una explosión social, disturbios y riesgos de helenización de España. Y en términos semejantes, en palabras de un acreditado jurista, Santiago Muñoz Machado, en un análisis sobre la preocupante situación española afirma que: “O la Constitución se arregla en los extremos precisos de modificación, o puede producirse una serie debacle en un futuro inmediato” y si la clase política dominante no emprendiera las reformas, el pueblo los sustituirá “por otros grupos políticos, posiblemente populistas, que destruirán de una sola vez todo lo establecido” (2012, pp. 20 y 17-18). Una deriva de tensiones y de conflictividad que, desde luego, no cabe ignorar que cuenta con impulsores o legitimadores y no únicamente intelectuales; recuérdese por ejemplo que la participación en escraches ha sido en ciertos casos numerosa o que Diputados regionales han participado en Andalucía en asaltos a supermercados y fincas, y nada garantiza que el asunto quede limitado a esos objetivos concretos.

Es notorio que algo se está incubando, subterráneamente, en el seno de nuestra sociedad. Y el contexto es adverso no sólo por la dureza de la crisis socioeconómica; igualmente por el desgaste de la legitimación, el debilitamiento y erosión de todo tipo de canales de encuadramiento social, de canalización de aspiraciones y demandas sociales, como los partidos, sindicatos, gobiernos, parlamentos, sistema judicial etc. Pero también es cierto que —por fortuna— no se han producido signos de ese estallido social que tantos ven en el horizonte; solo casos coyunturales y menores —en la frontera del delito y del gamberrismo— amplificadas por su eco en los medios de comunicación.

Podría incluso decirse que —dada la gravedad de la situación social— lo asombroso es que no se haya producido ninguna tensión de mayor gravedad, como la experimentada en Grecia, en la calle y en las instituciones o, con anterioridad —no se olvide— con el desplome, en los años 90 del pasado siglo, del sistema político Italiano vigente desde la 2ª Guerra mundial. Tampoco ahora aparece por ningún sitio ese estereotipo del español pasional y de sangre caliente que hizo las delicias de las narraciones de los viajeros extranjeros del siglo XIX. Afortunadamente, nada es semejante a los efectos de la gran depresión económica de los años 1930 en Europa, que alimentaron los movimientos totalitarios, fascistas y comunistas; ni tienen crecimientos apreciables los partidos o movimientos anti-sistema. Sea lo que sea lo que se fragüe, se enmarca evidentemente dentro de una democracia inexorable.

No es poca la ventaja comparativa desde la que partimos hoy desde luego. Pero tampoco pueden desconocerse los elementos estructurales —materiales y culturales— que están en el fondo de la situación; lo destacó Touraine al observar que en las sociedades modernas que muchas veces es complejo dotarlas de estabilidad y equilibrio, después de haber exaltado considerablemente el movimiento (1976, p. 36)

Interpretar por qué no ocurre lo que se supone pudiera ocurrir en la sociedad, es sumamente difícil. Y todavía más susceptible de error que hacerlo de lo que efectivamente ha sucedido, rayana en la ficción. La posibilidad de interpretaciones desacertadas aumenta hasta el infinito. Pero se trata de dos caras de la misma realidad y, por tanto, juntas es cuando el dibujo se completa; y seguramente arrojaría más luz sobre la dinámica social comprender lo que no ha llegado a acontecer, que el análisis de los hechos reales. Se trata de una estrategia analítica aplicable con carácter general a muchos fenómenos sociales; estudiar y conocer las razones de la animadversión a un partido de un grupo de electores, ofrece información más sustancial sobre su valoración y perfil que conocer las razones de quienes les votan. Lo mismo puede aplicarse al conocimiento del divorcio; se conoce mejor y de fondo la realidad matrimonial saber por qué no se divorcian los matrimonios infelices, que conocer las causas de quienes efectivamente llegan a divorciarse. Por esto es obligado plantear sucintamente la estabilidad social en situaciones de profundo malestar como se encuentra España; se trata de la otra cara de la misma dinámica.

Si bien es mayúscula la crisis y el malestar, e incluso creciente la indignación —la más alta desde 1975—, esto no obsta para dar por hecha la fragilidad del sistema, en un país que ha dado pruebas de madurez y estabilidad en ocasiones relevantes. Ante todo por razones de fondo. Nunca hay fatalidad en la historia que, siempre es construida por individuos y grupos, y está gobernada por la incertidumbre y lo imprevisible. Sobre todo los disturbios están más gobernados por el azar —un incidente, una víctima, una palabra, un error, una minusvaloración de la realidad, etc— que por la necesidad. Además las sociedades complejas nunca son inmóviles; están sometidas a ciclos y flujos y reflujos, a momentos de calma y turbulencia permanentemente (Wert, 1996, p. 117), que favorecen los cambios, las reformas e innovaciones con componentes adaptativos e integradores del propio sistema permanentemente. Y la misma polarización del malestar contra los partidos o los políticos, puede operar a la postre como vía de estabilidad al proyectarse en un elemento del sistema moldeable potencialmente sobre todo al ir las demandas predominantes hacia la purificación de sus procedimientos y la lucha contra la corrupción, y al ofrecer el mismo sistema un pluralismo muy amplio de alternativas para reorientar los descontentos y el malestar a cauces del propio sistema.

En todo caso, el malestar es consustancial a la democracia donde no son nuevos en absoluto sus problemas y, como los edificios, tienen consisten-

cia y forjada estabilidad: “La democracia liberal tiene una capacidad de aguante y flexibilidad singular, y su fragilidad es el reverso de una moneda que tiene su anverso, que se manifiesta en su capacidad de sobrevivir en el largo plazo y en momentos extremos, al menos por ahora” (Pérez Díaz, 2008, pp. 12-13). Una dinámica que refuerza su consistencia con la integración plena —no ya legal, sino ciudadana y real— en la Unión Europea que, además de causante medidas restrictivas económicas, muy probablemente opera también como factor estabilizador, como elemento favorable al comportamiento institucional.

No hay pues que menospreciar la eficacia y potencia integradora de las instituciones de la democracia, las represivas e integradoras, sean sancionadoras, simbólicas, históricas o culturales. Y también pueden jugar otros elementos en la misma dirección, sobre todo cuando la crisis afecta a un país con una renta per cápita de en torno a los 19.000 euros, lo que constituye una apoyatura consistente. No es una tesis reciente; ya con Marcuse se difundió profusamente, en especial en *El Hombre Unidimensional*, aparecido en 1964, la enorme capacidad integradora de las sociedades democráticas; la publicidad y el consumo generaban unas sociedades de dominación, integradas alienando profusamente.

Existen en efecto elementos estructurales de estabilidad, pero además de las instituciones es decisivo la cultura de las gentes, “que subyace en el uso que hacen de las instituciones”(Pérez Díaz, 2008, p. 236). Del gran malestar existente no debe deducirse en absoluto, como indiqué antes, que exista homogeneidad en sus causas, sus damnificados o los grupos que lo padecen. Y toda esta diversidad puede dificultar seriamente la articulación de una movilización colectiva de peso. Del hecho de compartir el malestar, no debe concluirse la voluntad de cooperar con un objetivo común concreto; ni siquiera para marchar unidos contra un enemigo común. Además, las manifestaciones del malestar tampoco tienen que ser uniformes entre los diferentes grupos. El malestar se puede expresar, como observa Víctor Pérez Díaz, en una postura pasiva, o en la mezcla de frenesí y angustia de una cultura de *carpe diem*, o una actitud de beligerancia, “pero común a todas ellas es la tentación de la ruptura, tácita o explícita, de la comunidad política, y la devaluación de la misma” (2008, pág. 13). Por consiguiente, el incremento del malestar no genera, necesariamente, la manifestación de ese descontento en movilizaciones callejeras o conflictos.

Si, como parece, el sector más singularmente afectado son las clases medias, no hay que descartar que tengan interiorizado, en mayor medida que otras clases, o la paciencia o la satisfacción diferida de las aspiraciones y logros, o la capacidad de resistencia, lo cual puede alejarla de estrategias de conflicto o tensión dado, además, que esas clases tienen menos experiencias de luchas sindicales y movilizaciones. La novedosa emigración de jóvenes con altas cualificados hacia otros países europeos constituye, igualmente, un elemento estabilizador interno al alejar a los sectores, probablemente, más innovadores y con mentalidad de logro.

Además, España dispone de un poderoso Estado de Bienestar, aunque se haya adelgazado, pero sin debilitarse sustantivamente con los recortes. Tampoco existen partidos políticos extremistas poderosos. El crecimiento de la economía informal actúa como colchón de la situación. Seguramente el escepticismo y la desconfianza a los políticos, al estar generalizado, también daña a quienes pretenden movilizar a la población ofreciendo alternativas impugnadoras de cualquier tipo, contaminados también del rechazo generalizado a los políticos. Y si tenemos en cuenta ciertos componentes de fatalismo de la ciudadanía, la situación puede presentar menos riesgos de desestabilización de lo que los datos de la realidad inducen a sospechar.

La consistencia de la familia, como en anteriores crisis, puede estar desempeñando un papel esencial en la estabilización social, de maneras muy variadas. La más conocida y notoria reforzando las coberturas a sus miembros en estado de necesidad por la causa que fuera. Desde luego si estuviera implantada en España la pauta predominante en otros países, de emancipación juvenil a los 18 años, las altísimas tasas de paro hubieran generado una situación social explosiva: los hubiera arrojado masivamente a la pobreza generalizada, y las cosas serían probablemente muy diferentes. Pero no existe en España esa emancipación temprana, sino que se retrasa y los hijos prolongan su estancia en hogares familiares hasta edades inimaginables en Europa y son los hogares quienes asumen los costes de la situación. Y la misma funcionalidad ofrece a sus hijos, con parejas o no, suministrándoles apoyo en tiempo, en dinero, en presencia personal y en servicios materiales para hacer frente a eventualidades de todo tipo. De múltiples maneras, las familias están siendo el decisivo soporte y colchón de la crisis de gran número de personas y hogares en situación de necesidad.

Pero la familia puede además haber prestado un servicio muy importante, y de fondo, para la estabilidad social en situaciones de crisis como la presente. Desde hace décadas, las familias han venido socializando a sus hijos en el rechazo a repetir experiencias de violencia vividas y padecidas durante la guerra civil. Y esta loable socialización puede haber consolidado entre los españoles una mentalidad muy poco propicia a aventuras que pueden desencadenar tensiones graves, conflictos y violencia. Es difícil medir estas actitudes, pero la gran valoración social del pacifismo, el generalizado rechazo del terrorismo y la debilidad de grupos o partidos extremistas —hasta ahora—, pueden ser manifestaciones del predominio de una mentalidad nada propicia a transformar el malestar en comportamientos violentos y más pragmática de lo que se supone.

En todo caso, la realidad es la que es y por fortuna no ha producido tensiones o conflictos de gravedad y es posible que los anuncios de mejora de la situación económica y social en el horizonte próximo, puedan actuar como el colchón definitivo de estabilidad social —en ese deseable escenario de evolución

económica y política positiva— con malestar. Pero ese es un futurible, que se anuncia pero no se materializa todavía. Entre tanto, no sabemos aún quién es el Larra o el Galdos que immortalice nuestro dramático presente, quizá porque no lo merece. O tal vez porque, pese a su notoriedad, vive escondida en los sueños y temores de tantos españoles de a pie, que solo le quedan los sueños para vivir otra realidad e imaginar un futuro mejor. Y al final, quién sabe si, incluso con los duros efectos de la crisis, todo es menos grave porque España, a pesar de todo, puede continuar habitada por aquellos ciudadanos vistos en la transición política por el Grupo Jarcha, en su canción *Libertad sin ira*, que consideraba a los españoles con muy pacíficas y pragmáticas aspiraciones:

Gente que sólo desea
Su pan, su hembra —hoy diríamos: pareja— y la fiesta en paz

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALZAGA, OSCAR: *El Consenso. Del proceso constituyente a las prácticas postconstitucionales*, Real Academia Ciencias Morales y Políticas, Madrid 2010.
- ARANGUREN, JOSÉ LUIS: “La democracia como moral”, art. de 1976, reproducido en *La democracia establecida 1979*, incluido en *Obras Completas*, vol. 5º, 1995.
- ARON, RAYMOND: *Memorias*, Alianza editorial, Madrid 1985.
- BAGGINI, J.: *La Queja. De los pequeños lamentos a las protestas reivindicativas*, Paidós, Madrid 2012.
- BRINTON, CANE: *Anatomía de la Revolución*, Aguilar, Madrid 1957.
- BRUCKNER, PASCUAL: *La Tentación de la Inocencia*, Círculo de Lectores, Barcelona 1998.
- CAMPS, VICTORIA: *El malestar en la vida pública*, Grijalbo, 1996.
- CASTELLS, MANUEL: *Redes de indignación y esperanza. Los Movimientos sociales en la era de Internet*, Alianza editorial, Madrid 2012.
- COHAN, A.S.: *Introducción a las Teorías de la Revolución*, Espasa, Madrid 1975.
- DÍAZ DEL MORAL, JUAN: *Historia de las Agitaciones Campesinas Andaluzas* (e.o. 1929), Alianza editorial, 1995.
- DOWSE, R.E. y HUGHES, J.A.: *Sociología Política*, Alianza editorial, 1975.
- EHRENBERG, ALAIN: *La société du malaise*, ed. Odile Jacob, Paris 2010.
- FUNDACIÓN BBVA: *Valores políticos-económicos y la crisis*, Madrid 2013.
- FUNDACIÓN ENCUENTRO: *Informe España 2012*, Madrid 2013.
- FUNDACIÓN FOESSA: *Desigualdad y Derechos Sociales 2013*, Madrid 2013
- GARCÍA COTARELO, RAMÓN: *Del Estado de bienestar al Estado de malestar*, ed. Centro Estudios Constitucionales, Madrid 1986.
- GIDDENS, ANTONY: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid 2.000.
- HUGHES, R.: *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, Anagrama, Barcelona 2005.
- LÓPEZ PINTOR, RAFAEL: *El descontento político en las sociedades informadas de Europa*, Boletín de la Fundación Juan March, diciembre 1995.
- MARAÑÓN, GREGORIO: *Españoles fuera de España*, Espasa, Madrid 1947.
- MARCUSE, HERBERT: *El Hombre Unidimensional*, Ariel, Barcelona 1964.
- MORODO, RAUL: “Modelos y antimodelos: Montesquieu y España”, *Boletín Informativo de Ciencia Política*, Universidad Complutense Madrid, nº 3, 1970.
- MUÑOZ MOLINA, ANTONIO: *Todo lo que era sólido*, Seix Barral, Barcelona 2013.
- MUÑOZ MACHADO, SANTIAGO: *Informe sobre España. Repensar el Estado o destruirlo*, Crítica, Barcelona 2012.
- MURILLO FERROL, FRANCISCO: *Estudios de Sociología Política*, Tecnos, Madrid, 1970.
- NIETO, ALEJANDRO: *El Malestar de los Jueces y el Modelo Judicial*, Trotta, Madrid 2010.
- *El desgobierno judicial*, Trotta, Madrid 2005 .
- *La organización del desgobierno*, Ariel Barcelona 1984.

- NOYA, JAVIER: *La Imagen de España en el Mundo*, 2 vols., Tecnos Madrid 2012.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: “Entreacto Polémico” (1925), *Obras Completas. Escritos Políticos*, vol. 11, Revista de Occidente 1969.
- PÉREZ DÍAZ, VÍCTOR: *El Malestar de la democracia*, Crítica, Barcelona 2008.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE: *Escritos sobre la esclavitud y el colonialismo*, Centro Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2009.
- *El Antiguo Régimen y la Revolución*, (e.o. 1856) 2 vols., Alianza editorial, Madrid 1982.
- TOHARIA, JOSÉ JUAN: *Pulso de España, 2012*, Biblioteca Nueva, Madrid 2012.
- TOURAINÉ, ALAIN: “Crise ou mutation” en Varios autores, *Au-delà de la crise*, du Seuil, Paris 1976.
- WERT, JOSÉ IGNACIO: “España desanimada; los jóvenes más”, *Revista Notario*, Madrid, nº 36, marzo 2011.
- “Sobre cultura política: legitimidad, desafección y malestar” en J. TUSELL, E. LAMO DE ESPINOSA Y R. PARDO (eds), *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Alianza editorial, Madrid 1996.